

Los disfraces del Leviatán

Willian Jensen

[[[Buenas tardes.]]]

El momento histórico en el que nos encontramos, en el cual ya nada es seguro, y la crisis se está haciendo presente, desde las estructuras estatales hasta la familia, exige que existan analistas comprometidos con la realidad social, dispuestos a decir la verdad.

El doctor Monedero hace un análisis del proceso mediante el cual las estructuras del Estado-nación se fueron desbaratando al final del siglo XX, para dar lugar al proceso de la globalización. Este concepto, tan usado y abusado hoy en día, conlleva en sí mismo una carga ideológica muy importante.

La globalización se ha convertido en la bandera con la que las grandes potencias, y en específico los Estados Unidos, han justificado su intromisión en los asuntos internos de los países en desarrollo.

Sin embargo, la globalización en tanto liberalización de mercados, sirve a los intereses de las compañías transnacionales. Los capitales transnacionales ahora tratan de imponer sus condiciones para su propia supervivencia.

Los Estados nacionales, en palabras del doctor Monedero, “actuaban como corsé para esos capitales de altos vuelos”. Nos menciona también que “se crea un mercado

WILLIAN JENSEN es estudiante de la Licenciatura de Administración Pública y Ciencias Políticas de la Universidad Iberoamericana Campus Puebla



mundial no obligado por ningún principio de responsabilidad social, que devuelve al Estado esa condición de consejo de administración de los intereses conjuntos de la burguesía.”

Es por esto que fue necesario que a través de diferentes organismos, como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Interamericano de Desarrollo y otros organismos internacionales, presionaran a los gobiernos a la llamada desregulación administrativa, a la liberalización de la economía, a la firma de tratados de libre comercio, entre otras imposiciones.

Es por esto que el doctor Juan Carlos cita a Keynes cuando dice “el capitalismo dejado a su propia lógica genera su destrucción en medio de una amplia socialización del dolor”.

El progreso compartido para todos los países, que de acuerdo con la idea del neoliberalismo debería de presentarse en los países menos desarrollados, se ha demostrado inexistente. Cada vez más, los pobres tienen menos y los ricos más.

Esta situación de desigualdad provoca que a lo largo del mundo, surja el clamor de millones de personas por buscar una nueva forma de vivir. Uno de los derechos fundamentales, es precisamente el derecho de los pueblos a elegir su ritmo y tipo de desarrollo.

Los diarios y constantes ataques a los gobiernos alternativos, surgidos por fortuna en nuestra América, son parte de una estrategia para desprestigiar y afianzar el principio thatcheriano de que no hay alternativa posible al capitalismo.

Cuando los presidentes de América del Sur están construyendo una globalización diferente, se abre una nueva ventana, que nos lleva a ver de manera distinta las cosas. Los esfuerzos de los pueblos de construir el mundo de acuerdo con los intereses colectivos son vistos como “atentados a la democracia”, violando el principio de la autodeterminación de los mismos.

Si los bolivianos, venezolanos, argentinos, brasileños, entre otros pueblos, quieren vivir de un modo diferente al dictado desde Washington, no es motivo de escándalo ni de pesar. Como cita el autor, el llamado Consenso de Washington es una serie de recetas a los pueblos para poder “progresar”, fue contestado inmediatamente como un intento de establecer un pensamiento único, afirmando que sólo existe una posibilidad de vivir.

Las agresiones militares vividas últimamente en el mundo, son un reflejo de la necesidad que tienen los Estados de imponer el modelo de desarrollo global. El doctor Monedero identifica una “potestas” sin “auctoritas”, esto es, una fuerza bruta que renuncia a la legitimación asentada en los valores discutidos y consensuados.

La invasión a Irak y Afganistán son ejemplos claros de cómo mediante los pretextos de los “derechos humanos” y de la imposición de la democracia liberal-burguesa como única forma de gobierno posible y deseable, se atropellan los derechos de las naciones, y se busca por todos los medios despojar a los pueblos de sus recursos naturales.





La explotación sin medida de los recursos naturales en el mundo ha provocado que se ponga en peligro la existencia misma de vida en nuestro planeta. La gran contradicción del capitalismo se hace mucho más aguda cuando —en aras de la producción de mercancías muchas veces absurdas y que sólo con el afán de vender— se degrada el ecosistema que hace que precisamente puedan existir compradores de esas mercancías.

La bandera de los derechos humanos es muy socorrida para cometer toda clase de violaciones a los mismos. Basta ver las fotografías de la cárcel de Abu Graib o de Guantánamo, para darnos una idea de las flagrantes violaciones a los derechos fundamentales.

Los seres humanos poseemos derechos fundamentales, que hacemos valer ante el poder público. Como menciona el doctor Juan Carlos Monedero, citando a Pedro de Vega: “Difuminada la ciudadanía en una organización planetaria, difícilmente podrá nadie alegar derechos y esgrimir libertades (que es a la postre donde radica la esencia de la ciudadanía) ante unos poderes que sigilosamente ocultan su presencia.”

¿Quién entonces puede alegar los derechos fundamentales ante organismos privados? Los Estados son construcciones sociales, levantadas mediante el contrato social. Si se destruye, ¿quién va a hacer valer los derechos?

Citando al autor: “la inexistencia de esa esfera pública mundial nos convierte, siguiendo la raíz griega del término *idion* —que designaba la carencia de la perspectiva de la polis— en necesarios idiotas, personas alejadas de asuntos públicos que están demasiado lejos de nuestro entender y controlar.”

Claro ejemplo de esto es el de cómo los gobiernos han consentido la modificación de sus programas de estudio, para “adaptarlos” a las “verdaderas” necesidades. La modificación de los estudios de historia o su eliminación de los estudios básicos, nos habla de un intento por hacer perder dignidad a los pueblos. La subestimación de las



lenguas nativas de las naciones, en aras de una lengua según “avanzada” y “competitiva” como el inglés, atenta contra la libertad de los pueblos.

Los derechos laborales, que son también derechos fundamentales, ganados por el movimiento obrero, son vistos como un estorbo que impide la “competitividad” y el desarrollo. El autor dice que: “El deterioro del mundo del trabajo hay que completarlo con otros dos factores, tales como el ahorro de mano de obra a causa de los nuevos procesos productivos altamente tecnologizados, el auge de la economía del conocimiento y el uso de las tecnologías de la información”.

El libro ***Disfraces del Leviatán*** no sólo es una denuncia de lo que sucede en el mundo. Nos da una propuesta para despensar la globalización, en palabras del propio autor, para construir una alternativa.

Están surgiendo a lo largo del mundo movimientos sociales que, aprovechando los recursos tecnológicos derivados de la propia globalización, se organizan para hacer frente a ella, o bien, construir una globalización cooperativa.

Las integraciones regionales de países hermanos, como en América del Sur, abren brecha entre los intentos de establecer un solo criterio y un solo pensamiento. El fracaso de la imposición del Área de Libre Comercio de las Américas, hizo posible que surgiera una respuesta, conocida como el ALBA, o Alternativa Bolivariana.

Cada nación sigue un proceso histórico y social diferente. En el entendimiento de esta diversidad es como se debe entender a la globalización, como un espacio en el que las diferentes culturas, orgullosas de su pasado y presente, se unan para cooperar, no para servir. La unión de los pueblos mediante lazos fraternales puede ser la alternativa para este siglo XXI.

